

BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

SERES MÍTICOS DEL FOLCLORE QUE SE INTEGRAN A LA LITERATURA POPULAR DEL RÍO DE LA PLATA

Luis Neira

La identificación de los seres humanos con los animales y sus transformaciones es tan vieja como el mundo. Bastaría con recorrer la historia de cultos y tradiciones antiguos para encontrarse con héroes y dioses representados por animales. Sagas, leyendas y relatos populares, escudos y banderas nobiliarias de países o regiones diversas muestran esa característica

Así empieza la historia

Nuestras vidas han estado siempre vinculadas a las de los animales, domésticos o salvajes, inofensivos o ponzoñosos. Se los admira, se los teme y respeta, se les disputa el terreno o se los utiliza de mil maneras distintas.

Los hombres primitivos pintaron animales en sus cavernas: ¿ornamento, admiración, exorcismo...?

Los egipcios representaron a sus dioses con cuerpos o cabezas de animales y les dieron sus nombres. Veneraban al halcón, al gato, al chacal, etc. Los antiguos griegos atribuían a sus dioses y diosas características de animales para simbolizar cualidades que representaban belleza, fuerza, astucia, etc. Y aún en nuestros días sus nombres constituyen metáforas aplicadas a cualidades humanas y se suele decir que alguien es un tigre, un león, un lince, una víbora o un zorro.

Desde la más remota antigüedad existieron animales protectores del hogar, animales sagrados, benéficos, o de signo negativo que igualmente eran respetados o venerados.

Los hindúes tienen sus vacas sagradas, veneran en general a los animales y suelen morir ante la mordedura de ofidios ponzoñosos, que jamás combaten, y los japoneses de la isla de Yezo veneraban al oso. Las culturas americanas también rindieron homenaje a los animales, reales o imaginarios, como la serpiente emplumada, mientras que llamas, alpacas, vicuñas integran la iconografía de los pueblos de América precolombina.

Las leyendas, y de allí los cuentos infantiles, están llenas de animales fantásticos que hablan como los humanos y representan sus cualidades. Un ejemplo elocuente es “Anaconda”, el magnífico cuento de Horacio Quiroga (1878-1937).

El folclore animalístico americano, en general, se nutre de historias que, pasando por Europa llegaron a nuestro continente y se enriquecieron con las correspondientes adaptaciones del medio.

El cuervo, el zorro, el oso, el tigre, el león o el lobo se integran desde muy lejos en la historia de la humanidad, como así también los pequeños animales domésticos y sus representaciones capaces de brindar calor, afecto, seguridad.

También los seres humanos buscan metáforas para mejor decir sus cosas, por boca de animales, y se disfrazan bajo la personalidad de ellos, cuando no pueden directamente expresar su pensamiento, en tiempos de autoritarismo y represión, por ejemplo, o buscando una corriente de humorística simpatía.

A veces esa trasmutación se produce respondiendo al deseo de adquirir su cualidad: la temeridad del león, la fiereza del tigre, la astucia del zorro, la laboriosidad de la abeja, la fuerza del oso.

En otros casos ese acercamiento responde a una perversa necesidad de poder, cuando no es utilitaria, como domesticar al caballo, someter a las fieras, hacer bailar al mono, al perro o al oso. Prácticas que constituyen demostraciones de esa superioridad que nos adjudicamos los humanos. Los usamos como juguetes, como compañeros, para espantar nuestra soledad, nuestros temores y como máquinas de trabajo en las tareas cotidianas.

(I)

La vieja tradición del oso

La tradición del oso aparece, desde mucho tiempo atrás, en nuestras tradiciones carnavales y en especial en el alma de los niños. En la literatura, en las diversiones y en juegos y juguetes se ha arraigado el personaje. A partir de aquellos carnavales pueblerinos, de una feliz coincidencia en un ómnibus montevideano y de otros relatos escuchados, surge mi interés por ese tema y el impulso de hurgar en antiguas historias y rescatar esas tradiciones.

“Are aretum
Aretum
Aretum
Aretela...”

Ya viene el oso Aretum
con su aretum
aretum
aretela.

Salgamos todos a ver
ya viene el oso Aretum
al compás de una pandera.

Ya viene el oso Aretum
ya se va por la vereda.
Ya se va el oso Aretum
con su cadena
con su pandera
con su traje de arpillera.

Ya se va el oso Aretum
con su aretum
aretum aretum
aretela

Luis Neira

Aquellos osos de Carnaval

Cuando era niño me divertían, no sé por qué ancestral razón, los osos del Carnaval.

Mitos de tiempos muy lejanos venían detrás, pero yo aún no lo sabía, como no lo saben, pero lo intuyen, los fabricantes de juguetes.

Antes del atardecer, se los veía por los barrios haciendo piruetas, bailando al compás de un pandero, llevados de la cadena por el “domador”. Recorrían las calles en trance de diversión, como ahora los muchachos del tambor.

Cuando se oían la pandereta, las canciones o el cencerro del oso y su acompañante, niños y adultos salíamos a festejar sus bailes de movimientos pesados y lentos.

Osos de Carnaval, hubo muchos. Venían con su disfraz de bolsa de arpillera cubiertos con barba de palo o corteza de palmera, atropellando al público con su simulada fiereza.

Allá en Treinta y Tres, por aquellos tiempos, era conocido el Oso Pindú. En la vida real, Pindú era un muchacho moreno, macizo, dicharachero y alegre que vendía diarios por las calles del pueblo.

Pindú era su apodo, pero, después de aquellos carnavales, fue “El Oso Pindú”, con disfraz o sin disfraz.

Yo me vine a Montevideo y no lo volví a ver en más de quince o veinte años. Un día en que iba para mi trabajo en un ómnibus que cruzaba 8 de Octubre, me lo encuentro, como siempre con su brazada de diarios, dicharachero y alegre. Más gordo, más viejo, algo blanco su pelo enrulado, conservando aún de aquel adolescente que se disfrazaba de oso, la blancura y simpatía de su sonrisa a flor de labios. Me había costado reconocerlo, después de tantos años. Vendió algún diario, hizo bromas con el conductor y el guarda y se bajó sin reconocirme.

Pocas veces más lo volví a ver, de lejos, al pasar por la esquina de Juanicó y Piccioli.

Ese encuentro desencadenó estos recuerdos y con ellos llegaron a la memoria otros osos de Carnaval, osos anónimos que pasaron sin pena ni gloria, pero también apareció el Oso Aretum, popular personaje montevidiano de su tiempo.

Y de allí vienen estas páginas.

Una herencia cultural

Se ha pretendido negar, a veces, la tradición del oso entre nosotros, especialmente a nivel magisterial, tal vez por el uso abusivo que se ha hecho de la palabra, como elemento para la enseñanza de la lectura. Pero el oso está largamente relacionado a nuestros festejos populares, a la literatura y los juegos infantiles.

Son evidentes sus raíces europeas y asiáticas, pero negar su arraigo entre nosotros sería como negar a nuestros padres y abuelos, nuestras tradiciones heredadas y transformadas sobre la base de nuestra idiosincrasia.

Existen o existieron distintos tipos de osos desde América del Norte hasta el Río de la Plata. Los hubo en la prehistoria y tal vez quede algún tamandú por nuestros bosques, si algún bosque queda sin la pisada del exterminador, pero no ha sido este precisamente el que alimentó la tradición literaria.

A nosotros la tradición nos viene directamente de los ancestros europeos, especialmente de los españoles, como la murga, entre otras manifestaciones populares.

Sin duda, cada pueblo imprime, a las tradiciones heredadas, un sello propio. Así, la tradición de los populares osos de nuestro Carnaval, con su disfraz de bolsa de arpillera y barba de palo, sea algo distinta, pero no tanto, a la de aquel oso del norte europeo cubierto con paja de guisantes que salía en el carnaval de Bohemia o a la del oso que aparece en el escudo de Madrid comiendo el madroño.

El animal mitológico

El oso como animal mitológico aparece ya en las pinturas chinas de la dinastía Ming (1358 – 1644).

Filigranas rituales con la figura del oso aparecen en Berna en 1466 y 1530, en Marburgo en 1524, en V. Warasdin en 1553 y en Wurburgo en 1576.

En Alemania existió “la orden del Oso” fundada por Federico II (1213), disuelta más adelante y luego en 1382 fundada nuevamente por Segismundo, duque de Anhalt, abolida en 1836 y remplazada por la Orden de Alberto el Oso.

Es también personaje central en la literatura popular rusa y en la de los Estados Unidos de Norteamérica.

A los aínos de la isla japonesa de Yezo se los consideraba “adoradores del oso”, aunque por otro lado, lo cazaban y lo mataban para comer su carne y pagar los tributos con sus pieles.

Antropólogos ingleses que en siglo XIX estudiaron sus rituales, sostienen que “la concordia entre tales opuestos puntos de vista ha de buscarse en el hecho de que la veneración de los aínos se dirige al oso muerto, por esto, si lo matan, en el proceso de disecar el esqueleto procuran propiciarse la divinidad ofendida mediante libaciones y saluciones pomposas; cuando lo han herido con una flecha, le dirigen sus excusas, y en el momento de desollarlo le ofrecen presentes para que el espíritu no tome venganza por el hecho. Los cráneos del animal ocupan un lugar honorífico en sus chozas o en perchas que acostumbran a plantar en su exterior. Se les ofrecen libaciones obtenidas con bebidas fermentadas de mijo y el tradicional saki, y cuando los hombres le dirigen la palabra lo hacen siempre con el mayor respeto y empleando calificativos tales como divinos protectores y preciosas divinidades.

Aunque es un tanto difícil considerar al oso como tótem de los aínos que habitan en las montañas -continúan la misma fuente- pues lo co-

men y no se llaman a sí mismos osos, sin embargo se conoce una leyenda que habla de la mujer que concibió aquel animal y muchos de los aínos que habitan en las montañas se enorgullecen de tenerse por descendientes de ellos y de llamarse a sí mismos Kimun Kamui sannikiri (kamui o dios, es el nombre con que designan al oso). Se supone que el oso era visto como el antepasado común de estos pueblos, superstición que por distintas circunstancias se mantuvo más fuerte en unos lugares que en otros.”

Distintas ceremonias iniciáticas y de sacrificios fueron observadas y narradas por los antropólogos, en Japón, Australia, Canadá y Estados Unidos. Estos últimos consideraban que el alma de amigos y parientes muertos transmigraba al cuerpo del oso, por lo cual se negaban a matarlo. Este mito de la inmortalidad se basa, según conjeturas, en que el oso muere (hiberna) y resucita (retoma la movilidad) al iniciarse la primavera.

Entre los escandinavos era considerado el rey de los animales y se le atribuía una extraña longevidad.

“Hacerse el oso”

En algunas zonas del folclore europeo existen o existieron ceremonias y leyendas, como la ya mencionada de la vieja Bohemia. Allí, el último día del Carnaval, los jóvenes acostumbraban ir de puerta en puerta recogiendo donativos que servían para solventar los gastos de las fiestas y comidas acostumbradas en esos días. Uno de los individuos de la comitiva iba envuelto, desde la cabeza a los pies, con paja de guisantes, sujeta al cuerpo y recibía el nombre de “oso de Carnaval”. Delante de cada casa el supuesto oso bailaba, con muchachas y niños, y bebía a la salud de la buena gente que les daba algo, dinero y comestibles.

Cuando la ronda terminaba, se reunían todos en una cervecería donde concurrían los campesinos con sus mujeres a beber, cantar y bailar y los que no lo hacían quedaban expuestos a perder sus cosechas y, de allí hasta nuestros días, «hacerse el oso» es beber y comer a expensas de los demás.

También existía la costumbre de arrancar unas pajuelas del traje del oso para que, al colocarlas en los nidos hicieran próspera la postura de las aves de corral.

Como se ve, para muchos pueblos el oso representa fuerza, inmortalidad, fertilidad, longevidad y magia. En algunas regiones el respeto llega a dimensiones de tal superstición que para librar a los ganados de

sus garras, no se le debe nombrar; entonces, para referirse a él se le dice “el viejo, el abuelo, tan fuerte como once hombres”, etc.

Los esquimales creen que el oso es capaz de oír lo que se dice de ellos a grandes distancias, por lo que se habla de él con el mayor respeto y cuando lo quieren cazar mencionan la caza de la foca u otro animal para poder agarrarlo desprevenido.

El niño y el oso de trapo

El maestro y escritor italiano Gianni Rodari (1920-1980) plantea una interesante teoría sobre el clásico muñeco de los niños, de todas las épocas y todas las latitudes, en su libro fundamental, *La gramática de la fantasía*.

Dice Rodari: “Se dan convincentes explicaciones sobre la presencia en el mundo, de juguetes como los osos de trapo o de peluche, perros de goma, caballos de madera y otros animales para jugar. Cada uno asume una función afectiva de la que en muchas ocasiones se ha hablado.

“El niño que se lleva a la cuna su oso de trapo, o de peluche, está en su derecho de ignorar por qué lo hace. Nosotros lo sabemos más o menos. El oso proporciona aquel calor y aquella protección que el padre y la madre, en ese momento no le aseguran con el contacto físico.

“El caballo de mecedora tendrá que ver con la fascinación de la caballería y, quizá más profundamente, al menos en la antigüedad, con la educación para la vida militar. Pero quizá para explicar del todo la relación entre el niño y el animal y el animal juguete, es necesario ir mucho más atrás. A los tiempos lejanos en que fueron domesticados por el hombre los primeros animales y aparecían en torno al refugio de la familia o de la tribu los primeros cachorros adaptados para crecer en compañía de los niños. Más atrás aún, a las profundidades del totemismo, cuando no sólo el niño sino toda la tribu de cazadores tenía un animal protector y benefactor, que se proclamaba su antepasado, tomando su nombre.

“La primera relación con los animales ha sido de naturaleza mágica. Que el niño, en su desarrollo, pueda revivir aquella fase es una teoría que ha fascinado en su tiempo, sin convencerlo del todo.

“Pero a pesar de ello el osito de felpa tiene algo de totem, la región en la que vive tiene también los confines de los mitos, que no son creación arbitraria de la fantasía, sino formas de aproximación a la realidad.

“El niño, ya grande, olvidará su oso para jugar. Pero no del todo. El paciente animal continuará calentándose dentro de él, como en una cálida cama, y un día en forma inesperada, saltará fuera, irreconocible ante una mirada superficial.”

Y es así como «el paciente animal» nos acompaña, idealizado y cálido, alegre y comercializado, desde lejanos tiempos. Desde aquí, su fiereza nos parece ajena a ellos, a través de las creaciones del imaginario colectivo. Como otros animales, ha podido ser domesticado y utilizado en espectáculos circenses, pasando a la literatura y a los juegos. Pero en estepas nevadas, en bosques y montañas, sigue manteniendo su antigua fiereza.

(II)

El lobisón

La leyenda del lobisón (lobishomen u hombre lobo), es tal vez la leyenda del transformismo que ha calado más hondo en el acervo popular. Ella, además de su existencia mítica, tiene un increíble asidero en realidades que posibilitaron el nacimiento de historias a las que, la fantasía, la superstición y el ingenio popular lograron darles visos de credibilidad.

La licantropía y el mito de los viernes de noche

«Lobisome» lo llamaron en Brasil y «Lobishomen» resulta tal vez de su castellanización. Por eso a este personaje común en el Río de la Plata, adonde pasó la historia del hombre lobo, cuyos supuestos orígenes se van conformando a través del tiempo, preferimos escribirlo **lobisón**, aunque en los diccionarios aparezca como **lobizón**. La leyenda toma elementos de la realidad y de la ficción, para ampliarse luego con otras historias del transformismo zoomórfico. Es así como aparece en estas regiones la leyenda del séptimo hijo varón, si no hay en medio ninguna mujer, que tiene la propiedad de convertirse en el primer animal que ve, al salir los viernes a las doce de la noche, con el agregado a veces de la luna llena, común en Europa.

El lobo, el perro o el cerdo son los más temidos y frecuentados en las leyendas, aunque sea el lobo el animal epónimo, por razones que vienen de las tradiciones europeas, heredadas de los conquistadores.

La tesis de la herencia europea se vería confirmada por ser el lobo, y no otro, el animal más temido y odiado popularmente, en el imaginario de aquel continente. En el folclore europeo se lo ha tratado de las más diversas maneras. Su figura es la representación del miedo, de la ferocidad, del misterio y la superstición.

Perseguido por los campesinos y los montañeses, el lobo es objeto de escarnio, burla y respeto a la vez.

Los niños lobos entran en la leyenda como los fundadores de la ciudad de Roma -Rómulo y Remo-. Recordemos las clásicas representaciones de la «ciudad eterna», con la loba amamantando a los niños, aunque estos no se sabe si resultaron feroces. Sin duda no es esta una representación ajena a la realidad. En los bosques de Francia aparecieron, en más de una oportunidad, niños abandonados que sobrevivieron, alimentados y protegidos por lobas. Hubo incluso casos de niños lobos que fueron capturados y estudiados por científicos de fines del siglo XIX. Su posición no era eréctil, tenían el pelo y las uñas excesivamente largos y se expresaban con gruñidos como los lobos.

El escritor inglés Rudyard Kipling (1865 -1936), en *El libro de la selva*, elabora una ficción sobre la base de un niño (Mowly) criado y defendido por los lobos.

La ciencia y la leyenda

Por otra parte, la ciencia nos habla de una enfermedad, la porfiria congénita, en la que un gen recesivo actúa provocando fotosensibilidad (rechazo a la luz) aguda, por lo que el afectado debe realizar su vida normal en las tinieblas de la noche, lo que contribuye a acrecentar el mito. Este mal, dicen, va acompañado de una excesiva vellocidad, afecciones óseas que lo obligan a desplazarse encorvado y una acumulación de porfirina, sustancia rojiza, en las uñas y los dientes, lo que le confiere un aspecto terrorífico.

Aparecieron también en diversos lugares, como México y China, niños con vellosidad en toda la cara y el cuerpo que fueron denominados «niños lobos», aunque su comportamiento no fuera para nada agresivo.

Contribuyen a incrementar la credibilidad de esta leyenda, historias de enfermedades mentales -tal vez de las peores- de seres que se creen lobos y atacan con fines criminales a las personas indefensas.

Finalmente tenemos, como contribución a la leyenda, las descripciones que realiza Luis Pasteur, el célebre investigador francés, en sus estudios sobre la rabia. Según sus observaciones, los seres humanos infectados por la rabia tienen actitudes similares a las de los perros, lobos y otros cánidos afectados por ese mal consistente en el ataque y la huida, a lo que se agrega el contagio de la enfermedad, elemento este que también ha sido tomado por la leyenda con relación al hombre lobo, ya que quien ha sido mordido se convierte a su vez en lobo o loba.

La imaginación popular reunió estos elementos, todas esas características, en un ser mítico y tenebroso y la leyenda corrió de boca en boca.

Luego la literatura y el cine recrearon las historias, como mero entretenimiento a veces, como recreación de tradiciones, otras.

Genealogía del lobisón

Entre los diferentes estudiosos del tema aparece nuestro querido Arthur N. García «Wimpi» (1905 - 1956), quien ha dejado textos humorísticos con ese personaje, además de un breve trabajo sobre el lobisón (*El gusano loco*. Ed. Freeland. Buenos Aires. 1978)

Señala el mencionado autor que los antecedentes se remontan a la India védica y a los tiempos bíblicos, pero fue por vía de los conquistadores como nos llegó la creencia, arraigada en España e Italia.

“Nos preocuparemos –dice Wimpi– en esta breve nota, del origen de esta creencia en España, ya que fue por vía de los conquistadores que pudo mezclarse el mito de la licantrópía al de la superstición autóctona del zooántropo americano.

“La licantrópía –del griego “lukus”, lobo, “antropos”, hombre – o sea la transformación del hombre en lobo, llegó a constituir la forma clásica de la zooantropía –también del griego: “zoon”, animal, “antropos”, hombre– vale decir la transformación del hombre en cualquier clase de animal.

“Es indudable que la creencia del licántropo en Europa tiene un origen escandinavo-teutón (como lo apunta Teófilo Braga en *Epopéas de raça Mosárabe*). La mitología nórdica nos ofrece interesantísimas alusiones a la zooantropía.

“Cuando Fridziofr, por mandato de los reyes Halfdan y Helgui, debía recibir el tributo de los orkneyas, levantaron contra él, por medio de dos hechiceras que se echaron al mar en forma de ballenas, una furiosa tempestad.

“Y bien: entre los germanos paganos, existía la creencia en la “filgia” un “otro yo” corpóreo, que podía trabajar a la par del hombre y, aun, fuera del hombre.

“A su vez, esta creencia en la “filgia” arraiga en una concepción peculiar de los sueños: cuando el cuerpo está dormido realiza, por intermedio de su alma, y en otra parte, lo que se desarrolla en las imágenes oníricas.

“Esta creencia del “alma externada” de los nórdicos fue común a muchos pueblos primitivos.

“Incapacitados para considerar abstractamente la vida –o el alma– como una posibilidad constante de sensación, como un continuo ajuste de coordinaciones internas a relaciones externas, el primitivo cree que su alma –su vida– la “filgia”, puede salirsele, abandonarle circunstancialmente y animarle el cuerpo a la distancia por una especie de simpatía. Algunos indígenas, como los del Gran Chaco, refieren aventuras maravillosas en las que aseguran haber tomado parte y que no son otras que las que soñaron.”

Se refiere luego a la leyenda de Gontram, el rey franco, relatada en su forma más antigua, por Pablo del Diácono. “Estando el rey de caza soñó que en una montaña distante había, oculto, un gran tesoro. Un acompañante del cortejo que velara el reposo de la comarca, dijo que a poco de dormirse este, le había salido de la boca una culebrita bermeja, la cual alejarse hacia la montaña, regresando –para volver a entrar en la boca del rey– un instante antes de que el rey despertara.”

“Esta separación del la “filgia” del cuerpo –en forma de animal u otras formas– puede operarse espontáneamente o a causa de la intervención de hechiceras que separan del durmiente su “segundo yo” imprimiéndole formas a propósito para causar el susto o el daño más grave a la gente.”

De ahí nació la creencia en el licántropo propiamente dicho, animal que dañaba a personas y rebaños.

Este fue el «Werwolf» o sea el hombre lobo de los pueblos germánicos que, por las invasiones, llevaron la creencia a la península Ibérica.

El licántropo figuró, como uno de los elementos fundamentales, luego, de la demonología medieval.

Y así llegamos al antecedente directo del lobisón.

La palabra «lobisón» viene de la portuguesa «loishómen» –lobo – hombre– procedente de la isla de San Miguel de las Azores, donde ubican la creencia del licántropo, ya en marcha hacia América, tanto Teófilo Braga en su obra citada, como Marcelino Menéndez y Pelayo en su «Historia de los heterodoxos españoles».

Trasposición americana

Cuando llegan los conquistadores a estas tierras, nuevas para ellos, según los testimonios que reproduce Daniel Granada, con una creencia autóctona, no con la licantrópía, ya que los lobos no son originarios de estas tierras, sino con múltiples suertes de zooántropos.

Así Gonzalo Fernández de Oviedo, en sus *Décadas de las Indias*, habla de los tejojes, brujos nicaragüenses que se «hacían perros, puer-

cos o simios». Y fray Juan de Torquemada, en su *Monarquía indiana*, alude a brujos, en México, los cuales «se volvían en animales que (permitiéndolo Dios y ellos ignorándolo) el demonio les representaba.»

Dejará de parecer extraña esa coincidencia en la admisión de la zooantropía en el viejo y en el nuevo mundo a la vez, y antes que existieran las comunicaciones entre ambos, si se tiene en cuenta que, como lo hace notar Richard Andree, muchos pueblos diversos, alejados entre ellos, predecían también el futuro por el crujido de los omóplatos de determinados animales.

Franz Boas nos informa de que la leyenda de Faeton apareció simultáneamente en Grecia y en el noroeste de América. Y la correa de arrojar lanzas, en Roma y las islas del Almirantazgo. Y el cero en la India y en Yucatán.

Quiere decir que, cuando llegaron los españoles con sus creencias de «lobishomen», ya acá (en el Río de la Plata), había zooántropos desde hacía mucho tiempo.

Sin embargo, la creencia vernácula del lobisón -en la cual todavía mucha gente cree- procede más de lo que trajeron los conquistadores, que de las leyendas aborígenes y en nada difiere el mecanismo mediante el cual se verifica el tránsito del hombre al perro en nuestro país, del que sirve para que se opere la transformación del hombre en lobo, en Las Azores, según ciertos testimonios.

El séptimo hijo varón seguido, de un matrimonio que no haya tenido hijas mujeres, es el que, según se dice, «sale» lobisón.

Los viernes, a medianoche, sale por ahí de perrerías.

También acá como en Las Azores, el maleficio puede deshacerse, bautizando el septenario con el nombre de Benito y haciéndolo tener en brazos, mientras lo bautizan, por el hermano mayor.

Hemos podido observar, por otra parte, que en nuestra campaña no solo se habla de hombres que se transforman en perros, sino que, también de los que eligen otro aspecto para salir los viernes: de ternero, de chanco, de gallo.

Agreguemos, de paso, que la séptima hija mujer de matrimonio que no haya tenido hijos varones, nace bruja.

Y más aún: que si el séptimo hijo varón 'viene' con una cruz marcada en el paladar -que, a pesar de ser cruz, se la marca el Diablo- en vez de lobisón resulta 'saludador', o sea, que tiene la virtud de curar por medios sobrenaturales. Y de hacer amainar las tormentas.

La literatura universal y el cine se han ocupado en reiteradas oportunidades de la leyenda del hombre lobo y numerosos escritores uru-

guayos han recogido historias de lobisones. Entre ellos se encuentran los ya mencionados Horacio Quiroga, Wimpi, Juan José Morosoli (1899-1957), José María Obaldía (1925), Eduardo Faget, que dotaron a sus relatos de distinto tratamiento e intencionalidad, inclinándose en general por la veta humorística.

(III)

El zorro

El zorro es un personaje de extensa y lejana trayectoria, cuyo tratamiento trasciende esta nota. Es el más famoso y recurrido “animal-humano”, integrante de la literatura popular. Aparece en leyendas de Oriente, en la Antigua Grecia transportándose luego a la Edad Media, en Francia y Alemania, donde sus historias son recogidas, entre otras nada menos que por Goethe. Por algunas de estas razones es imposible desarrollar la historia de este personaje en su totalidad. Solo pretendo encarar fragmentaria y someramente su participación en las clásicas narraciones criollas y en especial las aventuras de nuestro Juan el Zorro, sin dejar de hurgar en esas viejas leyendas y singulares coincidencias con la versión recogida de boca de un viejo moreno, en el departamento de Treinta y Tres.

Desde la lejana antigüedad al narrador fogonero

Conocí los cuentos de Juan el Zorro siendo yo niño, en la rueda fogonera de la campaña de Treinta y Tres, de boca de don Domingo Pereira, un moreno viejo, excelente narrador oral, que no había tenido la posibilidad de acceder al código de la escritura y la lectura, lo que me dio en pensar que se trataban de narraciones folclóricas del más puro cuño.

Tiempo después conocí la versión escrita de Serafín J. García (1908-1985), *Las aventuras de Juan el Zorro. Fábulas criollas* cuya primera edición data de 1950, y la versión abreviada para niños que fue publicada fragmentariamente en la revista *El Grillo* del Consejo de Educación Primaria en 1949 y posteriormente en libro. Se trata de la recopilación y recreación novelada, de los relatos que desde mucho tiempo atrás corrían de boca en boca y son los que mejor coinciden con las historias que contaba Domingo Pereira. De posterior edición es la novela de José Monegal (1892 - 1968), *Memorias de Juan Pedro Camargo* (1958) y luego los tres capítulos de la novela de Francisco

Espínola (1901 - 1973), *Don Juan, El Zorro* publicados juntos en 1968 -aunque aisladamente se habían publicado antes- novela que se completaría póstumamente (E. Arca. 1984. 2 volúmenes) sobre la base de los originales guardados por su familia.

Se trata de tres versiones sobre el personaje popular, de distintos estilos y tratamiento y a la vez con distinto contenido y desarrollo argumental, aunque coincidentes en el carácter del mito campesino, inscriptos, más o menos, en una misma época histórica de nuestro país.

Los relatos de Serafín J. García tienen la impronta del relato oral, breve, de pocos personajes y directamente vinculados a la fuente popular, mientras que las versiones de Espínola y Monegal constituyen elaboradas tramas novelescas de características cervantinas, según algunos críticos.

Más tarde aún conocí, entre otras, *Renart, el Zorro*, traducción de los relatos anónimos de una versión francesa del siglo XII (*Le roman de Renart*) editada en México (Premiá. 1979) traducida por Angelina Martín del Campo y Luis Zapata y otra traducción de la versión alemana escrita por Goethe *Las Picardías del Zorro* (Reineke Fuchs) Editorial Cayetano Colomino, La Plata, Argentina. 1942, traducida por Marcos Fingerit, junto a otras rarezas sobre el tema, encontradas en la feria de Tristán Narvaja como *Le Roman du Renard* en francés, con adaptación y comentarios de Mlle. A. Périer, publicado en París por Librairie A. Hatier en 1936

En aquellos momentos de mi infancia campesina, como dije, en las ruedas fogoneras de los peones de la cantera, que capataceaba mi padre, aprendí a cobrar simpatía por el personaje, sin saber por qué, como no lo sabían los gauchos que lo adaptaron y aculturaron y tal vez tampoco supieran por qué de esa simpatía quienes escribieron las historias.

Fue como una ofensa, cuando una maestra amiga me expresó que no le gustaban los cuentos de Juan el Zorro, porque en ellos “siempre gana el malo”. A partir de ese momento, traté de buscar una explicación a la conducta del mítico animalito. Pero vamos a ver qué nos dice sobre estas historias Serafín J. García en el prólogo de la primera edición de *Las aventuras de Juan el Zorro*.

Realista hasta cuando sueña

“Como todos los pueblos de la tierra, el nuestro ha preferido también las fábulas de animales para ejercicio de su imaginación.

En apariencia tales inclinaciones de la fantasía popular responden únicamente a un natural deseo de solaz espiritual, de pasatiempo agra-

dable y divertido; a lo sumo constituyen simples pretextos para cultivar la facultad de inventiva que, en mayor o menor grado, manifiesta o latente, lleva en sí todo hombre. Pero a poco que se analicen los frutos de esa inventiva, se advertirá que hay implícita en ellos otra razón de ser más honda y seria, posea o no conciencia de la misma el pueblo creador. Porque la verdad es que las fábulas populares -desde las más elementales y zafias hasta las más ingeniosas y sutiles- se orientan siempre hacia una representación idealizadora, dentro del ancho y libre campo que brinda la fantasía, de la realidad humana y social en cuya órbita vive el fabulista.

¿A qué obedece esta invariable tendencia? No es necesario ser muy sagaz para descubrir sus causas. El pueblo, por su misma naturaleza de fiel raigambre telúrica - en la que predomina un alerta sentido material que antepone siempre lo concreto a lo abstracto- y por las condiciones de rigor y de lucha en que se desarrolla generalmente su existencia, es realista hasta cuando sueña. De ahí que lo real esté presente en todo lo que de él procede, aun en aquello que reviste apariencias de pura fantasía.”

Se refiere más adelante al gusto de los pueblos de expresarse opinando, situación que emana de su propia vitalidad, ya que “es la suya una vitalidad actuante, robusta y batalladora, que nunca elude opinión, en tanto esta suponga un arma contra el conformismo estéril y un incentivo para la inquietud renovadora que constituye su esencia.”

Afirma el mencionado autor que esto surge de la misma necesidad viva de pintar su realidad:

“De ahí que los fabulistas populares, aunque solo se propongan inventar historias fantásticas por mero entretenimiento, acaban por reflejar indefectiblemente en ellas el mundo que los rodea y del cual ellos mismos forman parte, dotando a sus animales, a la vez que de voz y de razón, de aquellas virtudes o defectos humanos que mejor se avienen con el aspecto físico, las costumbres y el modo de vivir de dichos animales. Y de ahí también que todas las fábulas de este tipo que se parezcan -cualquiera sea la latitud de la tierra donde surjan- por cuanto hay siempre en su asunto pícaros y tontos, buenos y malos, laboriosos y holgazanes, ricos y pobres, tímidos y audaces, tal como acontece en la sociedad de los hombres.”

Otro aspecto que considero fundamental para la tesis que me inventé es lo que expresa finalmente el autor de *Las aventuras de Juan el Zorro*: “De más está decir que el pueblo toma partido apasionadamente en ese mundo que, aunque imaginario, trasunta tan a la perfección el mundo real que él conoce. Por eso convierte en sus héroes favoritos a aquellos animales que con mayor fidelidad lo representan dentro

de la fábula, y por intermedio de los cuales ve satisfechos, de una manera u otra, sus deseos de enderezar tantos caminos tortuosos y corregir tantos destinos injustos como los que a cada paso se tropieza en la vida. Y es así que podemos advertir con toda claridad, circunscribiéndonos al plano de nuestra fabulística, que la entera simpatía popular está del lado del Zorro -pese a no constituir este un dechado de perfección, ni mucho menos- debido especialmente al hecho de que, siendo el más débil, sabe burlarse de la arbitrariedad y poner en ridículo a la fuerza bruta - representada por el Tigre- oponiéndoles, a falta de otras armas, el ingenio, la astucia y la osadía.”

Caballero andante al margen de la ley

Confieso que no había leído este ni otros trabajos que me llegaron después sobre el tema y por supuesto no se necesita ser demasiado lince para comprender que no se trataba de un “malo”, sino de un “pícaro”, de un personaje que debe apelar a medios un tanto ilícitos para no ser aplastado por el medio adverso en que le tocó vivir.

Es interesante el matiz que, con respecto a esta característica, establece Guido Castillo (1922), en relación al Zorro de Espínola, en un comentario de los tres capítulos ya mencionados (Tres fragmentos de *Don Juan el Zorro* de Francisco Espínola. Cuadernos de Literatura. Fundación de Cultura Universitaria. 6. Montevideo. 1968).

Dice el crítico: “La idea viva de Don Juan el Zorro, de Francisco Espínola -idea en palabras de viva voz hablada y escrita- nació hace ya casi treinta años, y nació como una idea profundamente original, al contacto de la imaginación y experiencia poética de un pueblo, cuya habla sin apuros ha inventado y reinventado, con la voz que las trasmite, las hazañas de Don Juan el Zorro, quien podría llamarse, también, Don Juan el Burlador. Este personaje animal es, en casi todas las fábulas populares, un pícaro astuto y rapaz que ‘un punto sabe más que el Diablo’. Pero en nuestro país, donde privó el gusto estético de la aventura sobre el disgusto del ejemplo moralizante, Don Juan comenzó a transformarse en el individuo libre que derrota a los poderosos y se burla de ellos dominando el bulto oscuro del odio que los mueve con la luz impalpable y segura de la inteligencia.

“Francisco Espínola ha prolongado esta transformación incipiente y su Don Juan, el Zorro, ha dejado de ser un pícaro para convertirse casi en un caballero andante al margen de la ley y a salto de mata, con algo de Don Quijote y algo de Roque Guinart.

“El pícaro ve y actúa como un animal y, en este sentido, José Bergamín, en su ensayo “Horizonte de la novela”, dice: ‘Oídos sin sueño, los de la picaresca, como ojos sin sueño que miran y ven sin soñar. Ojos y oídos de perros. El acierto genial de Cervantes fue hacer hablar a un perro para contarnos la vida entera y verdadera de un pícaro). Y, más adelante, agrega: ‘El pícaro, para serlo de veras, sin poder dejarlo de ser, no puede ser un hombre, para Cervantes, tiene que ser un perro. La animación novelesca, y novelística, y novelera de la picaresca es una animación animal: la más irreal o fantástica y fabulosa por serlo’. Por eso, a medida que Francisco Espínola transforma al pícaro Zorro en el caballeresco don Juan, su personaje se parece cada vez menos a un animal, para ser cada vez más un hombre. Y esa animalidad irreal y fabulosa deja paso a una humanidad verdadera y poética. Sin embargo, don Juan, el Zorro, no ha perdido del todo, al qui jotizarse, su primitiva condición, solo que los picarescos recursos, aprendidos en la dura escuela del vivir, han encontrado ahora un heroico destino maravillosa y disparatadamente absurdo, si se lo considera desde los tortuosos y oscuros caminos que conducen hasta él. El fin no justifica los medios, pero, a veces, justifica el estilo; y parecería, por momentos, que el héroe del novelista, al considerar las picarescas armas y las pícaras mañas que tan bien le han servido y que, ahora, tan para el bien le sirven, se riera suavemente de sí mismo con idéntica suavidad, del mundo por él creado y en el que tan fervorosamente cree.”

Razones de una identificación

Y entonces me pregunté: ¿Por qué el gaucho se identificó con el zorro y por qué con el pícaro?

Podemos ubicar los relatos desarrollándose en el ambiente de las décadas de la segunda mitad del siglo XIX, posteriores a nuestra independencia, cuando el país se encamina hacia su incipiente organización institucional en un convulsionado entorno. Es la época en que el gaucho va dejando de ser el héroe de la revolución independentista, desplazado de las estancias, para convertirse de matrero a vago y de vago a paria, cuando no ha podido o no ha querido ser milico.

Imaginemos un gaucho pobre, sin sus tradicionales ocupaciones y hasta sin caballo, perdido en la inmensidad de los campos, perseguido por las partidas; esa es la situación del zorro, que –por ejemplo– tendrá que valerse de una dura treta para que el avestruz le sirva de flete. ¿Quiénes son para él los culpables de esa situación? El estanciero rico, el militar y su mano ejecutora el comisario don Tigre, que sobre la base

del autoritarismo y la prepotencia tratan de mantener el poder político y económico.

Existen múltiples elementos para identificar la época, a saber: se vota con balota, siempre gana el comisario, las pulperías son enrejadas, etc.

Pero desde el punto de vista físico y psicológico existen otras razones. El zorro es un cánido, ni esclavo como el perro, ni sanguinario como su padrino, el felino tigre. La libertad tan apreciada por el gaucho es, pues, otro elemento de identificación. Sin ser sanguinario, ya que sólo mata para alimentarse o defenderse, es valiente; por otra parte es astuto, ágil y bonito animal, características todas que el gaucho apreciaba para sí. Tampoco es de olvidar la condición de justiciero que aparece nítidamente delineada en las versiones de Espínola y Monegal.

Y más, en viejas historias, el zorro es pintado como un seductor y un osado conquistador de hembras, aún reflejando la violencia de su época. De allí tal vez su nombre de Don Juan, dato este que ha sido eliminado -por cierta pacatería- de la mayoría de las versiones escritas que nos llegaron, salvo las más antiguas, tanto de América como de Europa. Pero esta referencia todavía aparecía en los relatos orales del negro viejo don Domingo Pereira, quien en sus narraciones no escatimaba datos por escabrosos que fueren, propios del crudo y directo lenguaje del ambiente popular. Y aparece también en la versión teatral "Entre gallos y medias noches" de Mercedes Rein y Jorge Curi, que fuera representada por el elenco del teatro "El Galpón" de Montevideo.

Concluyendo: ese gaucho desplazado que dejó de ser el héroe de la independencia para convertirse en un paria errante, perseguido por la prepotencia de militares-políticos y sus acólitos, comisarios, estancieros y pulperos, se toma venganza, ridiculizando a los poderosos mediante la recreación de fábulas, ramas de un gran tronco universal, cuya singular aculturación constituye un misterioso fenómeno histórico y social.

Una ecuación lingüística

(Goupil = Renart = Renard . Zorro = Juan)

Durante mucho tiempo para mí fue como un eslabón perdido la afirmación que hacía Pereira sobre la rivalidad entre el tigre y el zorro. Esta rivalidad, afirmaba, venía a partir de los amores. Más directamente, según el viejo narrador, de la relación sexual mantenida entre el zorro y la hembra (la mujer decía Pereira) del tigre, que yo no encontraba en las versiones criollas, que tampoco está en una versión francesa

de 1936, ni tampoco en las versiones escolares de aquel país, donde este personaje es sumamente popular

Hablando de este tema, con el viejo poeta Juan Cunha (1910-1985), en una entrevista que le hice poco antes de su muerte, me regaló la mencionada traducción realizada en México de *Le roman de Renart*. Encontré allí que el zorro (Renart) es convocado a comaprecer, para ser juzgado por violación, en las cortes del león (Noble), acusado por el lobo (Isengrino), por haber abusado de la loba (Hersenda), su pareja.

Cómo cruzó los mares esta versión, transformándose, hasta llegar a don Domingo Pereira a través de ocho siglos, es uno de los más interesantes fenómenos del acervo popular.

Los señores feudales que viven en castillos pasan, en nuestro medio, a ser campesinos, los ejércitos de caballeros medievales, son partidas de milicos de sable, bota y bombacha. El lobo, tal vez el animal más temido y perseguido en la vieja Europa, se convierte aquí en el tigre, tigre americano, ya que allá no hay tigres y aquí no hay lobos. En uno y otro lado la fiera encarnará la ira, la torpeza y las actitudes ridículas en contraposición a las características anotadas para el zorro, aunque en las versiones europeas conserva la ruda violencia de la época en que se desarrolla.

Resulta interesante también observar cómo un nombre propio se transformó en sustantivo apelativo, ya que, en el francés antiguo, zorro era *goupil* y *Renart* el nombre propio del animal de la historia. Tal fuerza y arraigo popular tuvo el relato que, con una leve modificación ese nombre pasó a designar al zorro, que hoy en francés es *renard*, como en nuestro país *Juan* es sinónimo de *zorro*.

Paco Espínola dijo alguna vez que, cuando tuviera tiempo suficiente, querría nuevamente, ponerse a leer con tranquilidad los poemas homéricos. Parafraseando al viejo maestro decimos que un día, cuando tengamos tiempo, nos gustaría comentar estos cinco libros mencionados.